

DISCURSO DE CONTESTACION AL DE INGRESO
DEL EXCMO. SR. D. MANUEL FERRAND BONILLA
EN LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS
POR EL EXCMO. SR. DR. D. ANTONIO GONZALEZ-
MENESES Y MELENDEZ, CENSOR DE LA MISMA

Excelentísimo Señor Director.

Excelentísimos Señores Académicos.

Acabamos de oír un delicioso discurso por el cual Manuel Ferrand ha mostrado las brillantes cualidades que lo adornan: la creación, casi podría decirse *ex nihilo* y la perfección formal a que nos tiene acostumbrados. Lo que Juan Ramón Jiménez llamó «el hallazgo y el acento; esto es, lo personal», que consideraba esenciales en poesía y que yo extrapolo a la literatura entera, al arte de escribir.

Y ahora debo yo contestar a este discurso en nombre de la Academia, para que se perfeccione —lo que en latín quiere decir que se complete— la ceremonia del Ingreso.

Confieso que el encargo de hacerlo que me hizo el señor Director lo he recibido con una enorme alegría. Y no porque crea que lo haré mejor que otros, sino porque con ello se cumple una promesa, o mejor profecía que hice a Manuel Ferrand en 1967, en el momento en que era yo el electo y él me entrevistaba para la prensa. Entonces —y si hace tanto tiempo no es sólo culpa de la Academia— yo le dije que él merecía más que yo ser Académico, que lo sería y me ofrecí a contestarle.

Y todavía debo confesar que aquella entrevista me valió en los primeros minutos de mi primera asistencia a la Academia una reprimenda de nuestro inolvidable, querido e inefa-

ble Director, don José Sebastián y Bandarán, administrada entre ceños frucidos de los académicos de más edad y recibida por mí, tembloroso, con el ademán y el sentimiento de un colegial de primeras letras cogido en una travesura por su maestro. Era que yo había dicho que la Academia debía remozarse, incorporar a escritores jóvenes a su nómina y abrirse a la ciudad cuyo nombre ostentaba en su título. Y la verdad era que yo había sido indiscreto, desagradecido y poco veraz. Pero también era verdad que Ferrand no era académico. Y ahora lo es.

Y lo es por derecho propio. Y lo debió haber sido por herencia. Porque, para que ahora conste para el futuro y aquí para el resto del mundo la razón que la Academia ha tenido para llamar a su elenco a Ferrand, he creído que debo empezar hablando de sus antepasados, de los Ferrand que han vivido y trabajado y creado en Sevilla.

Y el primero de quien debo —o creo que debo— hablar es de Son Excellence Mr. Jules Ferrand o, a la española, don Julio Ferrand y Couchoud, el ingeniero francés que trajo a Sevilla su trabajo fecundo, su fecunda inquietud en muchos aspectos de la sabiduría y su fecundísima semilla en hijos, nietos, biznietos y tataranietos: cinco generaciones de esta familia brillante, entrañablemente española, francesa de origen, sevillana por su desarrollo y su actividad.

Siempre me interesó la persona de don Julio Ferrand porque sabía que era amigo y compañero de profesión de mi abuelo, el ingeniero Antonio González y García de Meneses (que fue electo de esta Academia). Porque sabía que éste había luchado violentamente para defender al hijo de don Julio, el joven médico Carlos Ferrand y a Manuel Espejo, a quienes querían desposeer de sus cargos en la Beneficencia Municipal otros concejales —Lupiáñez, Lemus Malo de Molina— en el borrascoso Ayuntamiento de 1898.

Don Julio Ferrand había nacido en Niza, como los claves sevillanos. Y estudió en Grenoble. Y vino a Sevilla a trazar y construir el ferrocarril de Sevilla a Málaga y Granada (otro paralelismo con mi abuelo, que trazó el ferrocarril de Sevilla a las Minas del Castillo de las Guardas, de cuya mina Admira-

ble era Director). Don Julio era un maravilloso y universal talento. Coleccionó antigüedades, que sirvieron de base para el Museo Arqueológico (en el que hay piezas procedentes de Cueva de la Mora, donadas por mi abuelo). Reunió miles de libros, que contribuyeron a la iniciación de la Biblioteca del Ateneo. Como los libros no le cabían en su casa, los tenía repartidos en los más extraños lugares como en las estaciones del ferrocarril. Era ateneísta desde el 19 de agosto de 1889 (mi abuelo fue de los fundadores). Protegió a Antonio Susillo y a Coullaut Valera. Estrenó en Sevilla piezas cómicas de ambiente andaluz. Y se casó dos veces. Y tuvo muchos hijos. Algunos, de nombre extraño: Scevola, Iyabel, Florismundo. Uno de éstos, Diógenes, fue escritor y era tan popular en España que un grupo de literatos madrileños envió en dos ocasiones —una en prosa y otra en versos— cartas literarias a don Julio para que dejara a Diógenes marchar a la capital, donde al parecer no podían vivir sin él. Eso era en 1905. Veinticinco años después, Diógenes murió en Méjico.

Una rama del tronco de este don Julio es la de los médicos don Carlos Ferrand López y don Carlos Ferrand Gil. Ambos han sido ángeles guardianes de la salud de la gente sevillana, al frente de la Sanidad. Vive el segundo en esa apasionante tarea y a ambos me ha unido una entrañable amistad. Como a Cristina, su hermana, que es la esposa del que ha tenido muchos años la misma empresa en Madrid, el doctor Fernández Turégano.

Y, finalmente, un hijo de don Julio, don Manuel Ferrand Rodríguez, el menor de ellos, cuya vida ejemplar, su cariño a Sevilla, su afición a los libros, su tolerancia, su talento, su hombría de bien han sido el crisol en que se ha copelado nuestro Manuel Ferrand Bonilla. También don Manuel Ferrand Rodríguez se casó dos veces.

Antes de dejar de ocuparme de estos antepasados —da vergüenza de llamarlos raíces, por lo reciente de la serie norteamericana en la que ellos han aprendido la atroz historia de una injusticia no redimida—, antes de dejar de hablar de ellos recordaré que don Julio fue miembro de la Sociedad Española de Historia Natural en 1875, de la de Geografía Comercial en

1892 y que ingresó en la Orden de Isabel la Católica en 1896. Firma el diploma la Reina Regente y se le llama en él **Monsieur** Teodoro Julio Mateo Ferrand. Y en la edición de un Cuadro de Honor de Sevillanos Ilustres que, con ocasión del nuevo siglo XX, se editó en la imprenta de la calle de Hernando Colón, 11 en 1901, se encuentra nuestro don Julio como sevillano y como ilustre. Y también se lee su nombre entre los franceses que formaban la Sociedad Francesa de Beneficencia en 1902. Emociona la relación de aquellos señores cuyos apellidos son ahora tan sevillanos como el mío: Auban —los antepasados de los Gasquet—, Adema, Barrau, Bidon, Brioude, Noel, Peyré, Delclos, Perrier. Allí está el abate Moyennin, que enseñó francés a Manuel Gordillo y a sus hermanas, y a media Sevilla. Me complace haber recordado a aquellos franceses de principios de siglo, cuya descendencia está ya intrincada —ahora la Academia Española prefiere la forma vulgar, intrincada— en la población autóctona —quiero decir la del Repartimiento—. ¿Se puede olvidar que doña Amparo Bidon era la madre sevillana de Luis Cernuda? ¿Y a los Laffón?

Pero ya está bien de antigüedades. Y conste que las he usado para dos fines: el primero, para centrar la persona corporal, carnal de nuestro académico; el segundo, para que se vea cómo puede alguien de apellido extranjero ser tan español como el que más. Sobre esto volveré al ocuparme de los Bécquer.

Y ahora debo hablar sobre el propio Manuel Ferrand, de lo que ha hecho —y lo bien que lo ha hecho—, de lo que significa su obra y de lo que se espera de su persona.

Nació Manuel Ferrand Bonilla en esta Sevilla amada en 1925. Y ha hecho tantas cosas, ha tenido tantas vertientes para el fluir de sus veneros, y tan bien todo, que se le puede aplicar sin duda el título de Hombre de las Musas.

Hacer la biografía de una persona viva es cruel y atrevido. Pero precisamente ese es el fin de los discursos de contestación —lo he dicho aquí otra vez, en ocasión semejante—.

Lo mismo que el de ingreso concluye esa biografía a la hora de la muerte del que había ingresado antes en el mismo sillón. Y como, sea como sea, hay que hacer un esquema, por lo menos, de la vida del beneficiario, procuraré que sea una historia viva, cambiante y escurridiza en los primeros años y firme y decisiva en los próximos. Para apoyar en ella la visión de Ferrand como escritor, aspecto por el que ha sido elegido para estar hoy aquí como protagonista de esta fiesta de amistad y alegría.

Lo diré revuelto, vertiginoso y, con toda intención, de una manera confusa para que sea así: el fondo desdibujado de una figura próxima y neta. (El gran descubrimiento de la perspectiva aérea, aplicado a la palabra hablada.) Y allá va.

Escribió obritas de teatro cuando era un niño, colegial. Fundó un Cine-Club en su primera juventud, mientras dibujaba historietas y chistes para «Dígame», escribía cuentos para niños en «Letras» y para gente mayor en no sé cuántas revistas más. Inventó cosas tiernamente inútiles, pero que se vendían: algún juego de mesa, un abecedario deducido por asociación de imágenes y algo más.

Llevó el peso de la revista «Museo» de Radio Nacional de España en Sevilla. Por entonces soñó en ser guionista profesional.

Y entre esta barahunda aparente, estudió en la Escuela de Bellas Artes y en la Facultad de Filosofía y Letras, en la que se licenció. Y pintó: retratos, murales; expuso en cuatro ocasiones, ilustró libros y colaboró intensamente en revistas de Madrid y de Sevilla. Pero esto requiere que se trate no tan a la ligera. Manuel Ferrand es un prodigioso dibujante. En la colección de «La Codorniz» hay centenares de obras suyas. Pero sus dibujos no son de un simple humorista gráfico, pretextos para ilustrar una frase ingeniosa. Son acabadas obras de arte.

Tiene Manuel Ferrand un dominio del trazo, una limpieza de la línea, un sentido de la composición, una corrección académica mezclada con el desenfado de un creador que se burla de lo perfecto para no caer en academicista, que son características de un maestro, lo repito, capaz de la perfección. Pero

él ha preferido dejar este brillantísimo costado de su figura como eso, como un costado, lateral y escorzado, para que no distraiga de su plano frontal de escritor. Lo mismo que hizo Bécquer. He de volver sobre este aspecto de artista de los que dan, como dijo Malraux, las Voces del Silencio. (También André Malraux fue más que polifacético). Porque a Manuel Ferrand se le transparenta cuando escribe que sus ojos son ojos de pintor.

Y ha dado cursos en la Rábida, en la Universidad de Pamplona, en Madrid, a grupos de universitarios norteamericanos; sobre Arte, Novela, Periodismo, Literatura.

Y entre unas cosas y otras fue centrándose, madurando, ya no sólo como decía J. R. J. de Salinas frondoso y florido, sino frutado.

Profesor de Historia del Arte, primero en la Facultad de Filosofía y Letras, luego en la de Bellas Artes. Esto de tener que poner reglas, orden y proporción a lo que se sabe, imprime carácter. Y se nota siempre.

Y finalmente, sus dos actividades cruciales (lo son como el meridiano y el primer vertical. ¿O no lo son?): el periodismo y la novela. De intento dejó aparte la fase de paseante despierto por nuestra Sevilla viendo sus calles, sus pájaros, sus flores, su cielo. Ya hablaremos de esto.

El periodismo y su vocación están ya confesados por nuestro académico en 1968. Porque en su «Con la Noche a Cuestas», Premio Planeta de aquel año, un personaje que se llama simplemente el periodista —«No quiero que mis hijos sean periodistas» decía a cada momento..., pero callaba la otra verdad del cuento y era que si volviese a nacer, dedicaría su nueva vida al periodismo». La cita literal es mucho más expresiva y convincente que mis comentarios, que siempre serán exteriores, como las observaciones de un etólogo o de un psicólogo behaviorista.

Y la novela, oficio vertebral —dije yo un día— de este académico de tantas actividades previas.

Como periodista, Ferrand, además de las colaboraciones juveniles que he citado a la ligera, fundó una revista, dirigió otra —«Nuestra Ciudad»—, publicó centenares de cosas en

«La Codorniz» y, desde 1958, entró a formar parte del equipo de redacción del ABC de Sevilla. En ABC publicó humor con el pseudónimo «Tic» e hizo casi de todo. Pero un lugar de honor deben tener los recuadros que durante tanto tiempo —¿o fue tan poco o es que supo a poco?— leía yo con avidez, saboreaba yo como pequeñas —por la extensión— obras de arte, llenas de finísimo ingenio, pulcras hasta el máximo en la forma, con un delicado humor hermano del esprit francés y del ángel sevillano, que es una característica de toda la obra de Ferrand. Recuerdan sus recuadros aquellos «Cielos que perdimos», de Joaquín Romero (sus íntimos de la familia suprimíamos el Murube, a pesar del cariño que le teníamos a doña Nieves). Hay algo común en el periodismo de Joaquín y el de Manolo Ferrand: la calidad de obra afinada, como un violín, y ejecutada con la gracia, el garbo de un *minuetto* de la más alegre, correcta, breve música barroca. Y aprovecho esta alusión para decir, de paso, que Manuel Ferrand es músico, aunque no lo sea con grados académicos —toca de oídas, como se acostumbra decir—, pero que cuatro de sus hijos estudian en el Conservatorio, con lo que se amplía la razón con que dije que Ferrand es Hombre de las Musas.

El temor de prolongar este discurso me obliga a dejar así el tema de la labor periodística de nuestro nuevo académico y que pase a contemplar su tarea de novelista.

De los once libros «mayores» que ha publicado, siete son novelas en sentido estricto; las dos terceras partes del total. Los once se han publicado en once años. A libro por año, amén de su tarea periodística, de sus clases como profesor, de su quehacer diario, permiten clasificar a Ferrand como un gran trabajador. Y si, además, lo que hace lo hace bien, lo coloca a una gran altura en nuestra valoración.

No se me oculta —ni a todos los que me oyen— que un análisis pormenorizado de la obra novelada de Ferrand está totalmente por encima de mis posibilidades y rebasa el tiempo que se puede conceder para una parte de un discurso de contestación que es siempre cansado y deslucido, porque sigue a otro mejor y más denso y largo. Por ello seré supersintético, si se me admite este monstruo filológico bilingüe y feo.

Manuel Ferrand escribe sus novelas con una unidad de fondo y forma y de intención que a veces llega a condensarse en una anécdota sola, y todo lo anterior es la preparación del ánimo del lector para conocer un desenlace desconsolado. Esto da a este grupo de novelas un dramatismo que hace que el lector se sienta implicado personalmente en la trama y sobrecogido por el sino ineluctable. Recuerdo que eso me ocurrió cuando leí su «Con la Noche a Cuestas»; como me había pasado de muchacho con «Crimen y Castigo». Por cierto, que cuando se lo conté a Manuel Ferrand, me pidió perdón por haberme angustiado, en vez de enorgullecerse. Esto lo retrata mejor que una descripción.

Al lado de estas novelas monolíticas están las que corren como un torrente que se divide en varios regatos, como una fuga de Bach que reanuda el tema en distinto tono y lo desarrolla con diversa estructura, pero en que, a través de esta aparente diversidad, fluye una melodía íntima, sola y continua, con la intención derecha. Son como trenzas de niña antigua; como un *Concerto* que trata el tema en la tónica y en la dominante, que introduce el segundo y secundario tema y va y viene de uno a otro con reglas perfectas y una apariencia de juego. Sólo apariencia. A veces el juego lo es y toma la forma arcaizante para lucirse como dominador de la lengua y del estilo, como su encantador «Don Gaiferos», el caballero venturoso y quebrantado.

Pero debemos dejar esto y seguir con otros aspectos de la intención del novelista. Es doble: reflejar la vida como en el más fiel espejo, casi fotográficamente. La vida y la psicología de los personajes. Y denunciar los fraudes que nos atosigan: el mundo del arte en «Los Farsantes», el *boom* turístico en «El Negocio del Siglo», la crisis de lo eclesial en «La Sotana Colgada», la hipocresía de la vida diaria en «La Forastera». Estas, que a un lector superficial podrían parecer divertidas críticas, historietas, más que historias, tienen el amargo sabor de la verdad para que quede el paladar sin estragar, despierto y sensible.

Otra vez corramos a otro tema: «Fábulas sin Remedio» se llama así porque su último elemento es una obra teatral

con ese título en singular, que mereció justamente ser representada en París, en Madrid, en el Corral de Almagro, en Televisión Española, en la que se reparte entre varios personajes —no es vano que los ingleses les llamen caracteres— las fases del hombre, las tendencias y las aspiraciones que a todos nos arrastran hacia lo cómodo o hacia lo difícil.

Las otras parcelas —fábulas— sin remedio: arcaizantes o análisis de los temas eternos: el amor carnal inserto en una vida gris, el dinero disolvente sólo con nombrarlo, una serie de relámpagos del más brillante ingenio, y dos pintores.

Esto requiere párrafo aparte. Ferrand habla de pintores, de pintura en muchos sitios. No sólo de Van der Goes y de Van Gogh, los dos locos; pero habla «pintura». Sus descripciones son pictóricas; cuando dice las cosas, los rostros, los cielos, las olitas que hace un barco al pasar por el río y mueven una canasta medio podrida, acompasadamente. Pero aunque pinta con la pluma (la caligrafía de Ferrand no desmerece de la de J. R. J. Pero es mejor, porque no es pedante), aunque pinta escribiendo, no se detiene en la superficie, sino que penetra en el fondo. Los rostros son personas, las cosas están allí con los que las usan, los cielos transparentan a Dios.

La «Carta Abierta a un Españolito que Viene al Mundo» en 1974, como es lo que dice, descripción de un presente —entonces— vaticinio de un futuro y análisis de una crisis en la que ahora estamos hasta el cuello, ha sido descrita en una amplia y profunda crítica como una obra «triste, divertida y esperanzadora». Y ya es bastante para una instantánea de España con revés de futuro.

Y dos libros especiales: «Las Calles de Sevilla» y «La Naturaleza en Sevilla». Libros para ver y leer; libros de estampas, pero en los que se demuestra lo que dije hace un momento sobre la pintura y lo que escribe nuestro querido académico: Las imágenes las ponen otros, aunque Ferrand las escogiera. Pero las ve Ferrand. Las enseña, les da vida. En estos libros están las dos vertientes de nuestra ciudad: las casas, es decir la obra humana, la civilización, que viene de *civitas*. Y los árboles, las flores, los pájaros, los bichitos (las arañas, las mariposas... (¿me dejáis que les llame los artrópodos?)),

el agua, el aire y la luz, lo primero creado. Los ojos fueron de fotógrafos magníficos: Viñals, Abaurre, Alvarez, Andrada, los Blassi, García Pelayo, Luis Arenas, Mármol, Oronoz, Saavedra. ¿Qué menos que nombrarlos hoy, aquí? Por cierto que un hijo de Manuel, Pablo Ferrand, también acompañado de fotógrafos nos enseña continuamente a ver nuestra tierra: sus bellezas y sus llagas.

Pero esas fotografías —admirables fotografías— de las calles y la naturaleza —la Maja Vestida, la Maja Desnuda— son el plano óptico de la verdad oculta. Yo sé con cuánto amor escribía Manuel «La Naturaleza en Sevilla». Amor, que es conocimiento: «No conocemos porque no amamos» (otra vez J. R. J.). Con cuánta exactitud y mimo perfilaba cada cita de planta, de animal, de lugar. Nada a la improvisación, a la mentira fácil, tan sencillo como hubiera sido. ¡Sabe tan poco la gente del mundo en que habita! Sevilla, desnudada y vestida por Ferrand en estos dos libros le debe mucho, porque por él es conocida un poco mejor. Dios haga que un día la conozcamos toda, todos.

Y esta es a galope la obra en marcha de Manuel Ferrand. Queda decir que es un autor premiado: que recibió el premio del Ateneo, «El Platero» y el de Elisenda de Moncada, en 1966 por «El Otro Bando», su primera novela. Y el Planeta por «La Noche a Cuestas», la segunda, en 1968.

Y queda por decir qué dicen de él los críticos. Tendré que hacerlo en relámpagos (ya he hablado demasiado).

«Verdadero maestro... pivote de la cultura literaria andaluza», dice Basuá Valdés; «Excelente prosista, de prosa brillante, sugestiva», para José Domingo; «Que ama las palabras como un poeta y construye sus novelas como un gran poeta, con el rigor y la sutileza de la poesía», según Juan Cambós; «Maestro en meterse en el alma de los personajes y presentárnosla de manera abierta, a través de gestos y posturas exteriores», explica Alfonso Palomares: «Con poderosas dotes de fabulación», para Carlos Murciano; «Uno de los grandes valores de la nueva, sorprendente generación de escritores andaluces» en opinión de Rafael Manzano; y cuya «Compostura y nobleza de la prosa, rica en léxico, abundosa en rasgos origi-

nales, es siempre entonada» para Vázquez Doderó. Así como Sáinz de Robles dice «que «La Sotana Colgada» es seria y limpia». No se puede pedir más de este elogio coincidente.

Un lugar aparte merece la opinión de nuestro querido compañero de Academia Juan de Dios Ruiz Copete, porque no es una valoración, sino una clasificación taxonómica, como lo haría un botánico en el campo, con su lupa y la flor despanzurrada, fríamente al parecer, apasionadamente en realidad, os lo aseguro, porque yo soy botánico. En su discurso de Ingreso en esta Casa, Ruiz Copete catalogó a los escritores andaluces por su carácter y su sentido, no por su mérito. Por eso de Ferrand dijo sólo lo que era en su entorno de la nueva novela, un novelista tradicional —donde se aprecia lo joven que es Juan de Dios— que tiene coincidencias con los novelistas hispano-americanos y una finalidad testimonial. En resumen, dentro del realismo crítico-testimonial. Esto es taxonómicamente Manuel Ferrand. Con lo que yo llevo dicho, es mucho más: un apasionado escritor múltiple, con ojos de pintor y lengua andaluza, lo que quiere decir apasionadamente contenida y pulcramente destilada. Lo de los ojos de pintor tiene que ver con que los Bécquer y tantos otros escritores eran pintores como hemos oído al propio Ferrand. Esta es una forma de corregir la tesis horaciana que desde niño casi aprendí en el Hospital de mi alma sobre la puerta de la cabina del proyector de cine: aquello de «*Segnius irritan animos demissa per aures / quam quae sunt oculis subjecta fidelibus,...*» Los que ven como pintores y escriben lo que ven tan bien visto, prestan sus fieles ojos al lector, sus ojos fidedignos. Ahora está imperando la vista analfabeta sobre el letrado oído. ¿Por qué, si no, el triunfo de la insípida televisión, de los tebeos? Ya volverá la palabra a señorear, como lo fue desde el principio. Porque si la luz es del primer día cosmogónico, el concepto es de antes de todos los siglos y por esto somos hechura de Dios.

Me he extendido demasiado, pero quiero hablar unas palabras de Manuel Ferrand como persona. Está casado por segunda vez, como su padre y su abuelo. Por cierto, con una mujer que reúne la belleza, la inteligencia y la bondad. Lo que

hubiera sido para Paris la solución de la Discordia. Y tiene nueve hijos encantadores, a los que considera su mejor obra, en colaboración. Y él es, lo conocéis, un hombre tímido y profundo, que pide perdón por sonreír y ha hecho en su vida lo que habrían hecho tres o cuatro hombres atareados.

No puedo callarme aquí sin aludir siquiera a su discurso. No voy, en absoluto, a analizarlo ni casi a comentarlo. Lo llamé delicioso al empezar —y ¡cuánto tiempo hace...!— y es su mejor definición.

De Bécquer novelista sólo sé que en 1855, a finales de abril, Gustavo Adolfo empezó a escribir una novela que se iba a titular «*Mal, muy mal, peor*», que no acabó. Y que Correa escribió «Rosas y Perros», una novela inspirada en notas y proyectos de Bécquer. Lo dicen Laiglesia y Gómez de la Cortina. Pero no quiero dármelas de erudito. Esto lo sé por Rafael Montesinos y no es ningún descubrimiento mío.

Pero como estaría mal que no hiciera yo algún ejercicio sobre Bécquer, diré algo sobre lo que es una parcela de mis aficiones: la genealogía.

Se llamaba nuestro poeta y novelista nonnato Gustavo Adolfo Domínguez y Bastida, Insausti y de Vargas, Bécquer. Así que lo de Bécquer es su quinto apellido. Y yo estoy en el mismo caso, porque hasta que cumplí trece años, yo me llamaba Antonio (y ocho nombres más) González y Meléndez, Jiménez y Castañeda, García de Meneses. También mi Meneses es mi quinto apellido en estricto orden genealógico. Pero mi familia legalizó el cambio con expediente oficial y Real Orden. Los Bécquer, no; que yo sepa.

Esta es la monótona lista de fechas y nombres de la familia lejana y próxima de los Bécquer:

Los primeros, Miguel y Adán, nobles y ricos flamencos —del Bravante— llegaron a Sevilla a fines del XVI. Se casaron Miguel con Catalina Wauts y Adán con Margarita del Ciervo. Y del primer matrimonio nació Guillermo y del segundo Isabel, que a su vez se casaron y tuvieron a un hijo, Antonio Beker y Beker, 24 de Sevilla (el padre lo fue por compra) y calatravo. Y atestiguó nobleza de Bruselas. Con escudo de armas que trae de azur, un cabrío (*chevron* se suele decir, a

la francesa) de plata cargado de cinco estrellas de azur, acompañado de dos tréboles en el jefe y una perdiz en la punta. Los primeros, de oro y la segunda al natural.

Eran los Bécquer patronos de la Capilla de los dos Santiagos —ahora de Santas Justa y Rufina—, llamada de los Bécquer. Y en su descendencia hubo un grabador eminente en el XVIII. Por ahí les vendría la herencia de dibujantes y pintores.

El viernes 3 de mayo de 1779, en San Esteban de Sevilla, se casan don Antonio Domínguez y doña María Antonia Insausti. El era malagueño e hijo de don Julián Domínguez y Villalba, de Castilla la Vieja, y de una señora a quien se llama en esta partida María Josefa Baquer y en la de bautismo de su nieto Mencía Bequer, que era natural de Sevilla. María Antonia había nacido en Lucena de Córdoba y era a su vez hija de don José Julián Insausti, de Bilbao, y de doña Manuela María Bausá Fernández Velasco, madrileña.

Casi seis años después, el 22 de enero de 1805, nació un hijo de este matrimonio a quien se bautizó el 24, en la misma parroquia de San Esteban y se le puso por nombre José María (y cuatro más). Su madrina es la doña Mencía o María Bécquer, su abuela.

Este niño, a los veintidós años, el 26 de febrero de 1827, se casó con María Josefa Bastida, en la parroquia de San Lorenzo. Era lunes. Esta María Josefa se llamaba en realidad Joaquina María Josefa, según su inscripción bautismal, en San Vicente, del 8 de diciembre de 1808. Había nacido el 4 y sus padres se llamaban según el cura Josef de la Bastida y María Josefa de Vargas. Ni en ésta ni en la inscripción matrimonial anterior se les da tratamiento de Don a los Bastida y sí a los Domínguez, por lo cual y por ser Joaquina una hermosísima morena de ojos negros, se podría pensar si tendría sangre gitana. No lo he visto en ningún sitio apuntado y no me atrevo a defenderlo *. Una de las abuelas y madrina se llamaba doña Petronila Rayo. O puede que Raya. Esta mereció tratamiento.

* El X conde de Robledo de Cardeña se llama don Rafael de la Bastida y Vargas.

Por fin de este matrimonio de José María y Joaquina nacieron ocho hijos: Estanislao y Valeriano primero; Gustavo Adolfo el 17 de febrero de 1836, después Ricardo, Alfredo, Eduardo, Jorge y José, que fue póstumo.

El padre del poeta, su hermano Valeriano y su tío segundo Joaquín Domínguez usaron siempre el apellido Bécquer y fueron pintores que vivieron holgadamente de la pintura. Y ya está bien. Debo terminar aquí esta nota genealógica diciendo que se la debo a don Santiago Montoto, que publicó por primera vez las partidas de las que he sacado estos fríos y escuetos elementos: fechas, nombres, lugares.

Y nada más. Ferrand nos ha enseñado en su discurso la embriología del novelista y su fisiología: cómo se hace y lo que hace. Y de su análisis se deduce que si no lo hubiera impedido el tiempo inexorable, Bécquer habría sido un gran novelista. Como lo es Ferrand.

Me queda felicitar de corazón a su familia, a su padre, a Consuelo y los nueve de la generación siguiente. A Manuel Ferrand, a quien deseo una larga y fecunda vida en esta Academia. Felicítarme a mí mismo por haber podido cumplir mi deseo de verlo entre nosotros. Y felicitar a la Academia, que cuenta desde ahora con alguien que reúne las cualidades necesarias para ser un buen hombre, un buen novelista y un buen académico.